

EL FOLKLORE GALLEGO DEL AGUA EN *LA HIJA DEL MAR* DE ROSALÍA DE CASTRO

M^a DEL CARMEN FERNANDEZ DIAZ

Colegio Universitario de Lugo

En el centenario de la muerte de Rosalía, hemos querido rendirle un pequeño homenaje que no se basa, en este caso, en un estudio de su obra poética, tan analizada ya por gallegos y foráneos, incapaces estos últimos, en algunos casos, de penetrar la profunda poesía que encierran sus *Cantares Gallegos* o sus *Follas Novas* (1), que ningún galaico creemos que haya podido leer sin sentir un profundo estremecimiento interior. Tampoco nos detendremos en su obra *En las orillas del Sar*, que por su profundidad metafísica produce el efecto de una sacudida.

Nos ocuparemos, por el contrario, de los elementos folklóricos, que relacionados con el tema del agua aparecen su novela *La Hija del Mar*.

Resulta indudable la vinculación de Rosalía con el mar, elemento constituyente de su propia realidad y tantas veces cantado o entrevistado en sus poemas. El mar, fuente de vitalidad y de alegría, que ella echará tanto de menos en tierras castellanas, describiendo la altivez y dureza de los hijos de esa tierra árida para con los gallegos que, aunque pobres, poseen la bendición del líquido elemento. Así en su poema "Castellanos de Castilla", perteneciente a su libro *Cantares Gallegos*, dirá:

"Solo pesoñosas charcas
detidas no ardente suelo,
tés, Castilla, que humedezcan
esos teus labios sedentos.

Que o mar deixoute olvidada
e lonxe de ti correron
as brandas augas que traen
de prantas cen semilleiros.

En la novela citada, no será éste el único elemento autobiográfico. La obra, publicada en 1859, tendrá su origen, según los estudiosos (2), en la estancia de Rosa-

(1) Luis Cernuda en "Rosalía de Castro, hoy" afirma que "A diferencia de lo que ocurre con Bécquer, no se la puede considerar como un escritor ya clásico", aunque deba reconocer que "Desigual, informe en ocasiones, sentimental en otras muchas, su obra poética posee no obstante un atractivo que ha ido resistiendo al paso del tiempo". Vid. Rico, *Historia y Crítica de la Literatura Española*, tomo V, por Iris M. Zavala: "Romanticismo y Realismo", pp. 320-324. Ed. Crítica, Barcelona, 1982.

(2) Vid. Estudio Preliminar por D. Benito Varela Jácome a la *Obra Poética* de Rosalía de Castro. Ed. Bruguera, "Libro Clásico", Barcelona, 1972, pp. 17-18.

lía en el pueblo de Muxía en 1853, con la familia del poeta Eduardo Pondal. El paisaje semidesértico de la "Costa de la Muerte", frente a Finisterre, debió llamar fuertemente la atención de la autora y estimular su fértil imaginación, poblando aquella costa desolada, azotada por las tormentas y los torbellinos de arena, de seres románticos y misteriosos, inmersos en los torbellinos de sus propias pasiones, conocidas o intuitas, de sus ansias de felicidad insatisfechas y de sus apariciones misteriosas, favorecidas por aquel mar bravío, que puede aportar la felicidad del reencuentro con Alberto para Teresa o arrastrar maternalmente a su seno de algas el cuerpo consumido de su hija, la frustrada Esperanza.

No nos detendremos aquí tampoco en comentar la similitud del "nacimiento" de Esperanza, envuelto en el misterio, con el de la propia autora y con los años oscuros de su infancia, siempre al lado de su tía Teresa, que curiosamente comparte el mismo nombre con la "expósita" de la novela, que se encargará de criar a la hermosa hija del mar.

Nuestro interés se centra en un rastreo de las tradiciones populares gallegas referentes al agua que Rosalía haya podido recoger y adaptar a su novela. Entre ellas señalaremos tres principales: los "encantos", los ritos propiciatorios y la personificación de las aguas.

I. Los "encantos"

Según Bouza-Brey Trillo: "El mar, para nuestros primitivos actuales, está poblado de seres misteriosos que denominan en general "encantos" ... La solemne bendición de la extensión marítima, tan frecuente aún hoy en nuestros pueblos costeros, originada por este temor popular, es una de las más poéticas páginas de nuestra etnografía" (3).

En efecto, podríamos afirmar, sin lugar a equivocarnos, que raro es el gallego que no ha contado u oído contar alguna vez a sus mayores una de esas historias de encantamientos que atemorizan a la vez que encandilan las imaginaciones infantiles.

La aparición de Esperanza la convierte a los ojos de los sencillos y supersticiosos marineros en uno de esos seres encantados, cuya presencia entre ellos sólo se puede explicar por un medio sobrenatural, como puede ser un encantamiento o una "meiga":

"—¿De dónde diablos traéis esa criatura? —preguntaron algunos al mismo tiempo. ¿La ha dejado alguna "meiga" en vuestro regazo o la hallasteis dormida sobre la cubierta de la lancha?" (4).

(3) Bouza-Brey Trillo, Fermín: "La Mitología del Agua en el Noroeste Hispánico", discurso de ingreso en la Real Academia Gallega (1941), publicado por Artes Gráficas Galicia, Vigo, 1973, p. 32.

(4) Cfr. "La hija del Mar", en *Obras en prosa* de Rosalía de Castro, Ed. Aguilar, Madrid, 1977, p. 24.

El origen de Esperanza es un hecho maravilloso e incomprensible para ellos y la propia autora dirá: "... la hija del mar, la que arrojada sobre una pelada roca, no sabemos si es aborto de las blancas espumas que sin cesar arrojan allí las olas, o un ángel caído que vaga tristemente por el lugar de su destierro" (5).

Imposible no recordar aquí la antigua mitología griega que describía a Venus, diosa del amor y de la belleza, como nacida de la espuma del mar.

Pero volviendo a nuestro folklore gallego y a sus "encantos", sabemos que éstos son seres maravillosos y supraterráneos que habitan en las fuentes y las aguas en general. Según la imaginación popular estos encantados guardan grandes tesoros y su belleza es admirable, sin embargo esperan pacientemente a que un mortal los desencante y los libre de su prisión hídrica.

Esperanza, la hija del desamor, es concebida también por sus paisanos como uno de estos seres miríficos e inexplicables, tanto a causa de su origen incierto como de su encantadora belleza.

Podríamos considerar a Esperanza como a una "encantada" un "ángel caído" que espera su redención, una mano amiga que la libre de la atracción que siente por el agua y la enraíce definitivamente a la Tierra sobre la que vive. A partir de esta idea, podríamos analizar toda la novela bajo la óptica de una oposición, de un binomio: Tierra/Agua.

Si nos atenemos a dicho binomio, llegaremos sin dificultad a establecer dos categorías de personajes, que se sitúan fácilmente a ambos extremos del mismo.

La primera estaría constituida por aquellos personajes que viven cerca del mar, en el que encuentran refugio y desahogo para sus pesares, entre los que podemos citar a la propia Esperanza, su amigo Fausto y el padre de éste, Lorenzo; además de Teresa, su madre adoptiva. El caso de esta última es singular, ya que a través de ella podemos observar la contradicción que encierra el mar, capaz de aportar las mayores tristezas y también los mayores sosiegos. Será el mar el que le regale a Esperanza, pero también el que se cobre inmediatamente su deuda, arrebatándole a su hijo. Será también el mar el que aleje a su esposo, para devolvérselo años después envuelto en la falacia del lujo y de la voluptuosidad, a bordo de su hermoso buque.

Precisamente la llegada del buque será la que trunque el "desencantamiento" de Esperanza, en un momento crucial: aquél que marca el descubrimiento del amor, fuerza que la uniría definitivamente a la Tierra y que es descrita por la autora con una gran maestría, en la que aún por medio de una tormenta a ambos protagonistas, ingenuos representantes de los dos elementos: la furia desatada del mar y la convulsión de las pasiones terrenales.

A los personajes citados, cuyas vidas transcurren en función del mar, conviene oponer aquellos otros que se sienten atados a lo terrenal y se mueven guiados por sentimientos menos elevados, como es el caso de Alberto Ansot, consumido por su sensualidad y sus ansias de dominio sobre los seres más débiles; o el de Angela, personaje

(5) Idem, p. 38.

corroído por la venganza, al que se puede oponer el de Teresa, capaz de perdonar a su propio verdugo, ya que:

“Los ruidos del mar, la cólera de las olas, es la única que puede estar en consonancia con los tormentos de un alma fuerte, con los sentimientos de un corazón generoso que se desespera de las mezquindades de la Tierra” (6).

Es fácil observar como los capítulos que describen el sufrimiento y las bajas humanas son aquellos que transcurren lejos del mar, en casas lujosas que esconden a duras penas las desgracias que encierran y a las que se opone la choza desnuda de Teresa y de su hija, que respira tranquilidad y sencillez e inspira respeto a sus convecinos.

La muerte de Fausto marca también el final de Esperanza, demasiado atraída por el mar que la vio nacer y que la recogerá en su seno definitivamente. Esta atracción se demuestra claramente en el momento en que, logrando escapar de su prisión, Esperanza, olvidándose incluso de su amigo Fausto, se dirigirá directamente al mar, en un afán de fusión total:

“Y acercando sus labios, ardientes por la fiebre que la devoraba a las olas que huían y se acercaban como si quisiesen jugar con ella, trataba de imprimir sus besos suaves y cariñosos en aquellas aguas salobres que salpicaban su rostro” (7).

La innegable resonancia a rito profiláctico que poseen estas líneas las ponen en relación asimismo con este elemento del folklore universal.

II. Los ritos propiciatorios

Conocida es también la creencia de los marineros en el poder del agua, no sólo como medio de sustento, sino también como pozo insondable y tumba segura. Los hombres de la mar, desde la más remota Antigüedad, trataron de calmar la cólera marina, por medio de sacrificios:

“También nuestro mar es para nuestros marineros un ser a quien hay que tener propicio. Para ello los pescadores de las rías pontevedresas, al salir fuera de puntas, lo primero que hacen es arrojan a este ser devorador un buen trozo de pan de maíz” (8).

La variedad de estos ritos propiciatorios es ilimitada, pero entre ellos los que llaman más la atención son los sacrificios humanos; existentes, según las leyendas, en la Antigüedad y que perduran en las mentes populares como un miedo ancestral, que les hace creer en la obligada desaparición de una persona cada año en el lecho del río, o en el fondo del mar.

En la obra de Rosalía existen tres descripciones de estos ritos sacrificiales; el primero de ellos se produce ante el peligro de una tormenta y está, por así decirlo, cristianizado:

(6) Cfr. “La hija del Mar”, *op. cit.*, p. 56.

(7) *Idem*, p. 127.

(8) Vid. Bouza-Brey, *op. cit.*, p. 21.

“... pero tan pronto como el ruido del trueno pasó rodando sobre las olas, y llenando la playa, hirió el oído de aquellas pobres mujeres, que creen reconocer en él la ira de Dios, que de este modo se muestra visiblemente a los pescadores, se acercaron temblando las unas a las otras, como si quisiesen de este modo amparar su flaqueza con el miedo y la flaqueza ajena, y entonando cada una, y en voz baja, sus oraciones, se arrodillaban y guarecían sus cabezas de la lluvia con los cestos todavía vacíos” (9).

Sin embargo, antes de la llegada del Cristianismo, que convertirá a los antiguos dioses marinos en santos, las aguas estaban pobladas por infinidad de deidades, como las ondinas, las náyades y sobre todo, en el caso del mar, por Neptuno. Las invocaciones a los ríos, son de sobra conocidas y patrimonio universal. Será este rito, mezclado con la cristianización de los marineros gallegos el que estará presente también en la novela rosaliana:

“Voces no muy santas se mezclaban a las preces que dirigían a Dios corazones contritos por haberlos salvado del naufragio, infame blasfemia en que se unían escandalosamente las palabras del obsceno a las lágrimas del verdadero arrepentimiento.

Ellos cantaban y reían, gritaban frenéticos y lanzaban al aire sus sombreros, vitoreando una y otra vez al mar” (10).

En la novela que nos ocupa, encontramos también un rito sacrificial humano. Estos sacrificios, según Bouza-Brey, no son patrimonio exclusivo de Galicia, sino compartidos por otros países europeos, como Portugal, Francia y Alemania (11).

No se trata en esta novela de Rosalía del típico rito aplacatorio de las furias marinas, sino más bien de un deseo de deshacerse del cuerpo de Fausto, que por su muerte extraña, al borde del mar, coincidente con el extraño nacimiento de Esperanza, es un elemento discordante en la paz del lugar. Será el miedo al “mal de ojo” que el difunto pueda echar a los vivos lo que provoque esta medida, ya que: “... el mar no devuelve nunca el cuerpo de los endemoniados” (12).

III. La personificación de las aguas

El hecho de dotar al mar, y al agua en general, de vida propia es de sobra conocido en el folklore gallego:

“Para la imaginación del pueblo, el agua es un ser vivo que guarda vida y la otorga. Los ríos y las fuentes son seres vivos, dotados de una fuerza maravillosa que expande vitalidad” (13).

(9) Cfr. “La hija del Mar”, en *op. cit.*, p. 19.

(10) Cfr. “La hija...”, *op. cit.*, p. 78.

(11) Cfr. Bouza-Brey, *op. cit.*, p. 20.

(12) Cfr. “La hija...”, *op. cit.*, p. 131.

(13) Cfr. Bouza-Brey, *op. cit.*, p. 18.

En esta novela rosaliana, observamos por una parte, una consideración personificada del mar, al que se ve como un padre o una madre, implacable a veces con sus propios hijos. Es de resaltar a este respecto la fuerte impresión que produce la escena de la pesca del atún, descrita con gran realismo:

“Las olas pasaban rozando su cuerpo, y volvían a retirarse hacia su centro, sin prestarles a su paso la vida, que le pedían con su mirada apagada y turbia. La mar se adelantaba rugiendo, pasaba y retrocedía, sin hacer más que borrar en la arena los rastros de sangre con que la manchaban sus hijos” (14).

El mismo mar puede mostrarse otras veces compasivo y recoger en su seno a sus hijos desgraciados, como en el caso de Fausto, que expira a sus orillas, siguiendo los pasos de la hija del mar, que al final desaparecerá en su seno.

En cuanto a Esperanza, por el propio título de la obra, está abocada asimismo a su fusión completa con el mar que la vio nacer. La atracción que siente por el agua, ya mencionada, está patente en varios momentos de la novela. Su suicidio constituye la única salida posible para aquella “niña”, incapaz de soportar una realidad demasiado dura. El mar, caritativo en este caso, devolverá por un momento el cuerpo sin vida a la playa, para que su madre adoptiva, Teresa, pueda besarlo por última vez, después lo hará desaparecer para siempre en sus profundas simas:

“El Mar del Rostro dejaba oír allí sus eternos bramidos; la “hija del mar” volvió a ser arrastrada por las olas sus hermanas, hallando en su lecho de algas una tumba que el humano pie no huella jamás” (15).

Un paso más avanzado en esta personificación del mar, estará constituido por la creencia o pretensión de hacer participar al agua en los sentimientos humanos. Nos alejamos en este caso del folklore propiamente gallego, para mencionar este rasgo genuinamente romántico, tantas veces utilizado por los escritores pertenecientes a esta corriente literaria y que Rosalía, como buena representante de la misma, no dejará de utilizar en esta obra:

“... Por eso me acerco, —dirá Teresa— cuando asoma la primera luz del alba, al sitio donde murió mi hijo... pues creo que en esta hora tranquila, la más hermosa de todas las horas, lloran conmigo las olas y los vientos” (16).

Este último aspecto se aleja ya de nuestro primitivo interés que ha sido el de mostrar el apego de Rosalía a las tradiciones marítimas existentes en el folklore de nuestro pueblo gallego, que ella ha demostrado conocer y aplicar a la obra, aunque haya recreado la mitología primitiva, a fin de adaptarla con mayor adecuación a su novela.

(14) Cfr. “La hija...”, *op. cit.*, p. 33.

(15) Cfr. “La hija...”, *op. cit.*, p. 201.

(16) *Idem*, p. 50.